

Vista muy dulce en calurosa tarde
 Es del Océano la templada brisa,
 Y dulce al joven amador cobarde
 De su amada en los labios ver la risa;
 Pero más dulce al corazón y arde
 Dentro el pecho latiendo más de prisa,
 Cuando el aura feliz repite ufana:
 ¡Viva el excelso general Santa-Anna!

No siempre el César era amable con su cantor, y estando en el Ministerio, empleaba para con él el lenguaje soez y cuartelero, hijo de su depravada educación.

—¡Bruto!—¡poetastro!—¿Cuándo se va Ud. del Ministerio?

Sierra callaba; y cuando Santa-Anna se alejaba, decía: ¡qué chanzas tiene el señor Presidente! me quiere como á hijo.

Debo decir, en obsequio de la verdad, que en los tiempos de prueba, Sierra no abandonó á su bienhechor y lo defendió con entereza, como caballero reconocido.

La agitación política, las discusiones perpetuas, el acecho contra los manejos de los monarquistas, apenas me dejaban excursionar, no ya por mis barrios y los ajenos, sino por la sociedad distinguida, donde brotaba una nueva florecencia de hermosuras, encantando las miradas y avasallando los corazones.

En las aristocráticas tertulias de la Sra. Agüero y del Ministro español, lucían las Sritas. Sáyagos, la señora de Obregón, que aunque reputado de avaro, el marido, gastaba lujo deslumbrador. La familia Lasqueti, con

su noble tradición de conde del Venadito, las Sritas. Zozayas, distinguiéndose por su belleza Lucesita, de cuyo rostro se decía copiado el de la Purísima; de San Francisco, así como el de la Dolorosa de la Profesa, de Paz Villamil, hija de la célebre güera Rodríguez, la lindísima Hipólita Urruchua y Escobedos, Gómez, Lamadrid, Royuelas y otras.

La sacerdotisa de la moda encargada del vestido y adorno de estas deidades, era Virginia Gourgués, atendida y considerada de las principales familias, al punto de casarse su hijo Octavio con una hija del general Paredes, percance democrático que no sabemos cómo recibiría la familia.

Y ya que hablamos de modas, diremos que el peinado consistía en grandes cuencas de cabello junto de las sienes, las crenchas abiertas en la parte posterior de la cabeza, y profusión de alhajas que expendía Tenier, platero, que hizo en muy poco tiempo gran fortuna.

Entre los jóvenes que pintaban en el ocho, hacían raya entonces Joaquín Rincón Gallardo, á quien por su apostura llamaban el Vizeconde de San Remy; Peña y Barragán, Félix Galindo, que tuvo brillante manejo en la guerra americana, Benlegui y otros que no recuerdo.

En cuanto al *pópulo*, nada era comparable á la creación ardiente, fecunda época y casi sublime del Gran Paseo de la Retama, obra de D. José Román, conocido con el nombre del Señor del Veneno, como chanza tierna de la gente de humilde pelaje.

Román fué un genio que quedó en borrador, porque no hubo tiempo para copiarlo en limpio.

Lanzándose á la izquierda de la frontera de Necatitlán, y como quien se zabelle en un túnel, se penetraba en un callejón que tenía más de estrecho acueducto que de tránsito, y más de cañón de escopeta que de lugar habitado; escurriéndose y limpiando graduado de escobellón aquel tubo, se abrían paso las paredes como para hacer una cabriola, y saltando de una ruina en otra de trechos despejados y trechos con yerba crecida. . . en una pared blaquisima, con letras coloradas se leía: *Gran Paseo de la Retama*.

Anuncio tan gigantesco coronaba una puertecilla pequeña y angosta, en donde se tenía que entrar ladeado y poco menos que á gatas.

Inmediatamente tras de la puerta, y con atrevidas pretensiones de puente, había una viga movediza é inquieta protectora de difíciles equilibrios, y una vez que otra conductora infiel de los concurrentes al paseo.

Al tocar la tierra firme la viga, el camino se bifurcaba, conduciendo por dos senderos diferentes al *Departamento de las Musas y gente fina, y al departamento* del pueblo soberano, todo anunciado con letreros laboriosos en que las Q eran sirenas, las S serpientes y las Aes unos polichinelas abiertos de piernas, verdaderos milagros del pincel callejero.

El todo del paseo era un corral inmenso con una zanja en su centro, y arbolillos dispersos en varias direcciones, con uno que otro conato de sembrado, á la

orilla de la acequia, de chícharo, rosas, retamas y maravillas rojas y disciplinadas.

En primer término, y á la entrada del Recreo, como le llamaba, se encontraba el propietario D. N. Román, eruido y serio como militar de los educados por D. Juan Andrade.

Fotografiando al Sr. Román, podían verse sus grandes ojos, su cabello cerdoso pero combatido con grasa y cepillo, cubriéndole la frente; el moreno de la cutis con visible aproximación á lo negro; su bigote como enredadera á la entrada de gruta, y el todo de su fisonomía joco-serio de picaresco embozado ó pecador arrepentido. D. J. Román era el gran cicerone para visitar su establecimiento, el primero de su género.

En el centro de la sección de la gente fina, se alzaba una rotonda ó edificio circular sostenido por columnas de madera que descansaban en poyos de piedra que servían de asientos.

Cada uno de los pilares estaba revestido de un lienzo que representaba una musa ó su equivalente, en concepto del Sr. Román.

Melpómene con su puñal y su máscara; Talía con su lira; el Cura Hidalgo con su estandarte de la Virgen de Guadalupe; Cupido con sus alas y su arco; el Emperador Iturbide y no recuerdo qué más.

De uno á otro pilar flotaban bandas ó cortinas con inscripciones en honra del trabajo, en encarecimiento del amor á la patria y en recomendaciones á la concurrencia que decían: «Gozar sin abusar.»

Aquella mansión de las musas, de los héroes y del amor, servía para almuerzos y cenas de carácter privado, de palenque de gallos con todo su trágico grito y accidentes, y de salón de baile, á su tiempo, en que sobresalían Castañeda y Alejo Infante, los Bernalitos, hijos de Isabel Rendón, y algún descarriado de los grandes bailes de Pautret.

A corta distancia de la mansión de las Musas, se encontraba un salón sin friso ni ladrillos, que servía en una mitad como sala de armas y en la otra como lugar de gimnasio, marcado con un brazo con el puño cerrado, y arriba este letrero, «Fuerza de Brazo.» y en una pieza muy retirada, con su techo de vidrios del país, peñazos, mesas y útiles de imprenta, oficina que servía á D. Román para dar vuelo á sus producciones poéticas, y prestaba á sus amigos para la propagación de sus ideas, como yorkino rematado.

En el departamento del pueblo soberano, se agitaban, girando por todas partes, dulceros, pasteleros, vendedores de palanquetas, ponteduros y garbanzos, saltando sobre puestos de naranjas y cañas, cacahuates, pinole, aguas lojas y todos los bebestibles y comestibles que se pueden imaginar.

Este traje era como el acompañamiento y atractivo de los diversos juegos que ponía en acción el pueblo, entre risas y gritos, que consistían en columpios, voladores, sube y baja, treta, rayuelas, pítima y retozos que unidos al baile, realizaban el ideal del Edén Callejero.

Entre los decentes, la música de viento alternaba con la de cuerda, en contradanzas, cuadrillas, valeses y una que otra pieza como el Ondu y la Manflorina. En esos bailes lucían los chicos levitas de cutica (*sic*) cortadas por Galma ó Gómez, y pantalones de piel de tuza ó paño del país, y las damas, túnicos de muselina, tápalos de coco y burato, zapatito bajo con cáliga delgada sobre la media de seda ó de finísimo hilo de Escocia.

El pueblo soberano empleaba toda clase de matices, cuero y pana, coleta y manta blanca, sombrero de petate y de panza de burro, y la china, la enagua de castor y de mascada de seda, de estampados del Portal de Prado y de jerguetilla de Querétaro.

Los muchachos eran el desastre, sin más excepción que tal cual párvulo vestido de frailecito en cumplimiento de alguna manda, ó de soldado como anuncio de su procedencia de algún militar encumbrado á la charretera, desde recluta bien aleccionado y amanzado por cabos tiránicos.

El pronunciamiento de la Ciudadela puso en evidencia la importacia y los recursos de la monarquía, los actores de ese drama mal ensayado aparecieron como polichinelas sorprendidos fuera del salón en que el carnaval se celebra.

Entre tanto, los acontecimientos de la guerra se precipitaban; Palo Alto y la Resaca, sangrando en la frontera, clamaban vengarse. En las cámaras se arbitaban

medios de defensa y se ponía la mano en las arcas del clero.

Entonces, y con una celeridad que podía hacer aparecer como perezoso al rayo, se extendió, cundió, se filtró y penetró por todos los poros del cuerpo social, el encono y la alarma por la presencia de Fariás en el poder.

Monjas, frailes, sacristanes, devotos, mayordomos de monjas, cantores y dependientes de las catedrales y oficinas con rezos y preces, con triduos y lloros, desataron odios y anatemas, rompiendo los vínculos más sagrados de familia y presentando la misma traición á la patria, como pruebas de amor á Dios y méritos para alcanzar la gloria.

Fariás inflexible, pugnaba por llevar adelante la ocupación de los bienes del clero; renunciaron varios empleados, y la casualidad hizo que pasase por la plaza Juan José Baz, entonces muy joven, pero dado á conocer por su vehemencia de carácter y sus opiniones anticlericales.

—Ve Ud. ese muchacho que va por allí á caballo, desapercibido. . . .

—Sí le veo dijo Fariás.

—Pues ese será el Gobernador que publique, sin observación, el bando de manos muertas, y no cejará ante ningún inconveniente.

Llamaron á Baz, se presentó con sus calzoneras color de haba, y su aspecto despierto y entendido.

Se le ofreció el Gobierno.

—Acepto con gusto. . . . y trabajaré lealmente.

A José María Iglesias y á mí, nos llamó para que le sirviéramos como secretarios los primeros momentos cumplió su palabra trabajando sin descanso y desafiando todo género de peligros.

A la noticia del plan de la Ciudadela, Santa-Anna se puso en camino desde el lugar de su destierro, acompañado de D. Antonio Haro, D. Manuel Crescencio Rejón, Gral. D. Ignacio Basadre y D. Juan N. Almonte.

Conocemos ya á tres de los viajeros. El Lic. Rejón era patriota yucateco exaltadísimo, de claro talento, de hablar atropellado y fogoso, con el marcado tipo del mulato y la audacia del indio montaraz. Su instrucción le hacía muy superior en el círculo en que figuraba, unido á Fariás, Olaguibel, Navarro, Suárez, Iriarte, y los agitadores del pueblo que eran contados; pero tenidos en mucho, como gente de acción, la imaginación de Rejón, se solazaba con avidez entre las tempestades de la revolución francesa, y la realización de su ideal eran los Estados Unidos en que soñaba con la voluptuosidad que un musulmán en el paraíso del Profeta.

Basadre era un caballero legendario; grandes ojos negros, porte dramático, palabra seductora, archivo de anécdotas y aventuras del gran mundo; ornato de la culta sociedad europea. . . . en el fondo, el arbitrista, el esclavo de Birján, el émulo del baroncito Faublas y de Gustavo el calavera.

Basadre se había filiado á tiempo en el partido yorkino, y disfrutaba de la confianza de personas de alta suposición.

Había viajado mucho, y siempre creando novelescas aventuras, contábase que tenía marcada semejanza con D. Carlos de Borbón, y esto le había procurado altas y bajas singularísimas.

La conversación de Basadre era amena, pintoresca, salpicada de joyas de erudición y gracia. La crónica escandalosa en sus labios, adquiría la belleza poética del poema.

Esta pequeña comitiva realmente no marcaba color político respecto de Santa-Anna, que llegó á México, donde Sierra y Rosso y D. Anastasio Zerecero le hicieron los honores.

En estas circunstancias surgieron los *meetings*, reclamando la atención pública, y espantando á los serviles que no habían visto nunca frente á frente y en actitud resuelta á los enemigos del retroceso y de la servidumbre.

Los *meetings* se promovieron para contrabalancear la cábala, la intriga y los manejos del partido clerical que enervaban la acción del Gobierno en nombre de Dios y de su santa religión.

Un Lic. Borda, lleno de talento y de deudas y enredos, con una cicatriz en el labio inferior y unos ojos de desvelo en juego, propagó la idea en el café, y pronto formamos con él la Junta Directiva, Ramírez, Juan José Castillo Velasco y yo, pidiendo y obteniendo para las primeras sesiones, el salón del piso superior de la Universidad.

Anuncióse el *meeting*, y la concurrencia fué inmen-

sa, distinguiéndose tenderos, militares francos, colegiales entusiastas, carniceros y verduleras.

Baz usó la palabra, expuso la conducta del clero, reveló sus maquinaciones, y en el desbordamiento de su verba puso como chupa de *Domine* al Papa y á todos sus secuaces y allegados.

Algunos interrumpieron á Baz, otros, lo apoyaron; muchos querían gresca, sin atinar de qué se trataba, y al fin, se acordó que una comisión se acercase á los padres de la Profesa, pidiéndoles auxilio para armar á la guardia nacional.

Los principales de la comisión fuimos Baz y yo... Expusimos nuestra comisión al padre Prepósito, que con los ojos bajos, las manos enclavijadas sobre el pecho y la voz quejumbrosa, nos dijo que no tenía recursos; que aunque los tuviera no los daría, porque su misión era de paz. Que el Dios de los ejércitos nos daría la victoria si implorábamos su auxilio como verdaderos cristianos.

Baz respondió á esta arenga, diciéndole que él lo haría servir á Dios con un fusil al hombro; y que los verdaderos cristianos no eran hipócritas ni traidores... y así se exaltó, se exaltó, al punto que por momentos me esperaba una desmocha contra todos los hijos de Loyola...

El *meeting* en que debíamos dar cuenta fué numerosísima; los padres hicieron su recluta, que acudió á la Universidad. La concurrencia se desbordó del salón á los corredores, y se precipitó como una catarata

al patio, rodando las escaleras, cayendo unos, nadando otros, y encrespándose en las columnas alrededor y sobre el caballo de Troya.

Borda hizo proposición para que se alistaran á los frailes en los cuerpos de guardia nacional.

La discusión saltaba del patio á los corredores, á las escaleras. . . . al salón.

Vino la noche; algunos trajeron hachas, otros, cabitos y mechas que fluctuaban en la obscuridad, en aquel mar de gente.

Se propuso que la votación se gritase y que hubiese tres personas que decidiesen por la intensidad del ruido, cuál era la mayoría. . . . y aquello fué el día del juicio.

Había un tribuno del pueblo llamado Próspero Pérez, de cierta facilidad para hablar, que decía cada blasfemia como una montaña. . . . Los cristianos eran bastantes; los puros muchos y ardientes. Santos y diablos tenían viva apetencia de llegar á las manos, y si había grandes descarríos en las masas, la predicación de sus derechos producía sus frutos, y el sentimiento á la patria se desenvolvía y robustecía el amor á la Independencia.

Porque quiero advertir, antes de pasar adelante, que los hombres que podían explicar los principios, eran unos cuantos, y que éstos arrastraban legiones salvajes, hombres de hábitos groseros y viciosos, gente que se arrancaba al fanatismo por creer que así ampliaba los caminos de su prostitución.

De aquí nacía que había liberales que repugnaban el personal de los que proclamaban tales principios, y había liberales que se apartaban de sus amigos en ideas, porque creían comprometer sus creencias cristianas. Estas divisiones hacen muy difícil la clasificación de partidos y el señalamiento de las causas determinantes de cada evolución social.

Concurrían con todos estos motivos de poderosa agitación, la creación y organización de guardias nacionales.

Desde que se crearon esos cuerpos por circunstancias de educación, espíritu de compañerismo ó de familia, reunión de recursos, etc., se prescindió del carácter popular de los cuerpos, y se crearon agrupaciones como familias, con intereses no en armonía con el gobierno.

Victoria se compuso de comerciantes, en su mayoría; pero había médicos, diputados, hacendados, al mando de D. Pedro Torrín, capitalista semimisántropo, rígido como barra de fierro y retrógrado como el calzón corto.

Hidalgo.—Cuerpo compuesto de empleados de todo género, pobres y alegres, decidores y acomodaticios. Lo mandaba, con sus caravanas y condescendencias, D. Pedro Fernández del Castillo, á quien sucedió D. Félix Galindo.

Independencia.—Cuerpo brillante, de gente de acción, escogida, artesanos, hombres fuertes y expertos en el manejo de las armas, al mando de D. Pedro Ana-

ya y D. Vicente G. Torres. En ese Cuerpo se alistaron, Otero, Lafragua, Comonfort y otros personajes que le daban gran prestigio. En ese Cuerpo fungía el Lic. Revilla, Pedriguera, chiquitín entusiasta y justamente querido por su franqueza y amor á sus compañeros; y eran oficiales Otero, Lafragua, Castañeda y Nájera y Navarro.

Mina.—Mandado por Balderas, el tipo popular por excelencia, siempre riendo, sano, expedito, admirable jinete y tirador de espada.

Bravos.—Cuerpo de tabaqueros, alentado y educado por Gorostiza y en el que influía poderosamente Manuel Payno como Mayor.

Todos estos Cuerpos cobraron cierta distinción por la fuerza de las circunstancias, y los otros Cuerpos en que había gente de menor fortuna, los censuraban y ponían en ridículo, llamándoles *polkos*, alusivo á un baile de moda, soldados de ¡Ay mamá!

Ya hemos dicho los manejos que se pusieron en juego por la ley de manos muertas. El Sr. Farías exageraba su energía sin consideración, y el clero lanzaba excomuniones, hacía rogativas que parecían alaridos de venganza, y convertía cada púlpito en punto avanzado, que clamaba alerta contra los enemigos de Dios.

En lo secreto, tenían juntas los prohombres del partido moderado: en el Hotel de la Bella Unión, Pedraza se entendía con Basadre, representante de Santa-Anna, y el Lic. Covarrubias, hermano del Provisor, se unía á

Otero y Pedraza. Los moderados querían forzar á Farías á que renunciase, y éste, con unos cuantos guardias nacionales y la lealtad de D. Pedro Lemus, se mostraba cada vez más firme y más entero para contrarrestar al clero.

Santa-Anna, desde San Luis, urgía por recursos. El descontento de los Cuerpos de la guardia nacional provocó la orden, é hizo correr la voz de que se procedía á desarmar los Cuerpos de Hidalgo, Victoria y Mina, á la vez que se daba la orden para que el Cuerpo Independencia marchase á Veracruz.

El amago del desarme se explotó, como si se tratara de ultrajes insoportables, y al fin convirtieron á México en un campo de batalla.

Los *polkos*, transformados en soldados de la fe, se presentaban llenos de amuletos y medallas, con escapularios y reliquias. Las monjitas veían con arrobamiento cristiano, en sus conventos, á jóvenes galanos que en honra y gloria de Dios les sonreían con halagos mundanos, y nunca la profanación de una creencia fué más vituperable que la que improvisaron los intereses del clero.

Y con todo, el pronunciamiento era tan criminal, por estar el invasor en nuestras aguas, que el pronunciamiento se estancó y estuvo á punto de fracasar con escarmiento de sus sostenedores.

Los moderados, que á la sombra favorecían el movimiento, pero sin afrontar las consecuencias de sus maquinaciones, dispusieron un cambio, y para que se

verificase fué designado el Gral. Peña y Barragán, nombrándome su secretario.

Cada uno de los cuarteles se volvió un centro de diversiones, en que los cristianos se esmeraban en ostentar los bienes de la gracia, traducidos en almuerzos, meriendas, refrescos, entre lluvias de aguas benditas, medallas, aleluyas, palmas, glorias, rosarios, ternezas de ancianas y arrullos de palomas de las almas consagradas á Dios.

Entre tanto, había sordo rencor contra el proceder de los pronunciados; los moderados escaseaban sus juntas, los recursos del clero desaparecían.

Las miradas todas se volvieron al Gral. Santa-Anna que estaba en San Luis, para que pusiese término á aquel orden de cosas violentísimo.

En el intervalo fuí comisionado por el Sr. Peña y Barragán para tener una explicación con el Sr. Arzobispo Irizarri, que desconocía totalmente los compromisos contraídos con los pronunciados.

El Sr. Irizarri vivía en su casa de la Ribera de San Cosme, caserón escondido en una huerta, con grandes fresnos sombríos, emparrados, estanques, cenagosos y ruinas por todas partes.

Penetré en aquella habitación y saludé respetuoso al prelado. Era un hombre pequeño, de tez blanquísima, manos delicadas y conjunto humilde, y un tanto vulgar.

Estaba sentado en su mesa con el tintero al frente, y tras él, un Santo Cristo colosal entre dos velas de cera.

Expuse mi misión á su Ilustrísima, quien me escuchó con los ojos cerrados y como si estuviera en un profundo sueño.

Cuando concluí me dijo:—Realmente, mucho de lo que Ud. me dice no lo comprendo; si Ud. me lo permitiera, le suplicaría que no continuásemos hablando de este asunto, porque Ud. conocerá que se opone abiertamente á mi carácter.

—Yo no entro en esas cuestiones, á mi me mandan inquirir de Ud. si cumple sus compromisos con los jefes de la revolución.

—Yo no puedo tener compromisos mundanos, mi misión es de paz; y no puedo sino repetir «amaos los unos á los otros.»

—Ya lo he visto, señor; pero nos han puesto Uds. las armas en las manos, para que nos matemos los unos á los otros!

—Es Ud. muy fogoso, joven; Dios tranquilice su espíritu...

—¿Y el dinero?

—La Iglesia está muy pobre, y tiene muchos enemigos; diga Ud. á su general que le ayudaremos con nuestras oraciones para alcanzar el favor divino.....

No quiero recordar todas las impertinentes palabras que se me ocurrieron en la hondísima impresión que me hizo aquella escena del Tartufo clerical.

Aunque se tomaron muy eficaces providencias para que no se trasporara la incalificable retractación del Sr. Irizarri, la miseria se hacía sentir en los *polkos de*

verano, como llamaban á los Cuerpos de Balderas é Independencia en que había mucha gente pobre.

En tales circunstancias, el anuncio de la venida de Santa-Anna se vió como una esperanza de salvación.

El Sr. Peña y Barragán ocurrió al círculo moderado para pedir instrucciones, y algunos de sus hombres respondieron que ellos eran esclavos de la ley y que no tenían, sino palabras de reprobación, contra aquel escándalo que merecía los anatemas del patriotismo y de la Historia.

Peña y Barragán se había educado en Europa, gozaba una opulenta fortuna, y era recibido en la sociedad más distinguida.

Carirredondo y barbilampiño, con un parpadear constante por defecto de vista, rechoncho y algo de napoleónico en sus actitudes. Abandonó sus lucrativos negocios por la política, en la que era bisono, haciéndolo recomendable su valor, su generosidad y sus hábitos de cumplido caballero.

Ya se deja entender el desairado desenlace del movimiento de los *polkos*, y la vergüenza y humillación con que debe cubrirnos á los que arrojamos ese baldón sobre nuestra historia en los días de más angustia para la Patria.

Otro alegaría su poca edad, su inexperiencia, el influjo poderoso de entidades para mí venerandas. . . . Yo digo que aquella fué una gran falta. . . . que reaparece más, más horrible á mis ojos, mientras más veces me fijé en ella.

En la casa del Sr. Pedraza, se decía, sin fundamento alguno, que se había fraguado la conspiración de los *polkos*. El hecho no es cierto; pero sí lo es que esa vergonzosa revolución fué hija del partido moderado, y que figuraron como directores ocultos, Otero, Pedraza, Lafragua, el Lic. Covarrubias, el Gral. Rangel, Arzobispo Irizarri y otros personajes menos activos y visibles. Luego que la opinión se pronunció, con justicia, contra el ignominioso movimiento, desaparecieron los directores, recayendo toda la responsabilidad en el Gral. D. Matías de la Peña y Barragán, de quien era yo secretario íntimo, y tenía su cuartel general en San Hipólito, hospital de dementes, como sangriento epigrama contra nuestra locura.

La vuelta de Santa-Anna á México desenlazó aquella vergonzosa revolución, escondiendo, no haciendo desaparecer rencores y vergüenzas.

A la vuelta de Santa-Anna, se tuvieron detalles sobre los contratos ruinosos y las orgías de San Luis, sitio de Monterrey, batalla de la Angostura y retirada desastrosa.

Resaltaban en ese cuadro como astros de esperanza, los nombres de Moret con su espada rota rechazando en Monterrey á los enemigos; á Nájera, que era un muchacho del mundo elegante, todo decencia y finura; á los hermanos Robles; Luis á quien por cariño llamábamos Ludovico, y Manuel á quien por defecto orgánico de lengua, le decíamos *treinta y tres*, porque así pronunciaba; á Michiltorena, sabio astrónomo con cando-

res deliciosos y valiente hasta ignorar el peligro en lo más sangriento de una batalla.

Doce días estuvo solamente Santa-Anna á su regreso de San Luis y su marcha para Cerroverde.

Le sucedió D. Pedro Anaya, quien, con notable actividad, reunió fuerzas, arbitró recursos, y trató de poner á su lado á todos los hombres de patriotismo y buena voluntad.

En el Ministerio de Relaciones, Baranda, D. Fernando Ramírez, Luis Martínez de Castro, Torrescano y el que esto escribe, formaron una sección de publicaciones en inglés con el objeto de hacer conocer los derechos de la República, principalmente á los irlandeses.

Ramírez, el sabio arqueólogo, el historiador eminente, dió á luz producciones elocuentísimas lo mismo que Luis Martínez de Castro, joya y decoro de la juventud mexicana.

Martínez de Castro era hijo de D. Pedro Martínez de Castro, Presidente de la Corte de Justicia, y dependiente de las familias más honorables de México; hizo su primera educación en la casa de D. Manuel Calderón y Somohano, y estudió matemáticas é inglés en el Colegio de Minería.

Abrazó, al concluir esos estudios, la carrera del comercio, entró á servir como dependiente á la casa de Manning y Mackintosh, donde su conducta inmaculada, sus claros talentos y sus sobresalientes virtudes le ganaron la confianza de sus superiores, llegando á los primeros empleos en la casa.

Cultivaba como á excusas, y con suma modestia, la literatura, y á su pesar publicaron sus amigos los artículos de su pluma, que le dieron justa celebridad. Entre esos artículos, están los titulados: *D. Pomposo Rimbomba contra D. José María Tornel*, que hicieron la más palpitante caricatura de aquél personaje, y le quedó como apodo el segundo bautismo de Martínez.

Chico de cuerpo, serio al extremo, ojos saltones y pocas palabras, tal era Luis; aunque mucho dulcificaba la impresión que producía, su porte distinguido y su excelente educación.

Alistado en el batallón de Independencia, al partir éste para Churubusco, avisó á sus patrones que dejaba el destino y que nombraran persona que recibiera los intereses que tenía á su cargo. Sus generosos patrones no admitieron su separación, le dieron licencia y dinero para que fuera á cumplir con sus deberes de mexicano, é hicieron todos los buenos oficios que con un hijo.

Vida tan llena de honor y de virtudes, fué coronada por la gloria de los héroes, en la defensa de Churubusco.

Voy á darte ahora cuenta, punto por punto, y hasta donde me sea posible, de lo practicado por el Ayuntamiento, que yo sepa; aunque te creo bastante instruido, porque mucho de lo que voy á decirte se ha publicado en los periódicos, que he tenido buen cuidado de enviarte y mucho lo debes saber por correr en boca de